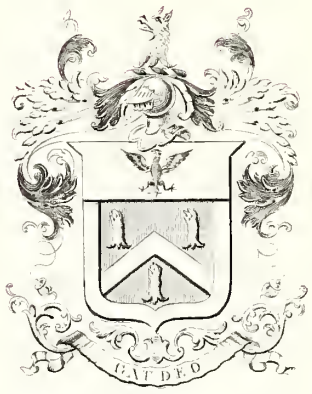

John Carter Brown
Library
Brown University

Include 68-334-117 a
Skips: 172
201
222
217
another
loc.

68-33A-144

RPJCB

UN HABITANTE
DE ESTA CIUDAD
A LOS HABITANTES
DE LA PROVINCIA
DE BUENOS-AYRES.

Los memorables eventos que han acaecido en estas provincias desde el feliz dia que vió erigirse su actual gobierno, han sacado á luz las muchas virtudes públicas, que hoy en dia vemos generalizarse en todas las clases de sus habitantes, y que el sistema colonial como un espeso velo habia tenido tan largo tiempo obscurecidas.

En ningunas de estas provincias se han dexado ver estas virtudes con mas esplendor que en la de Buenos-Ayres, en cuyo numeroso pueblo el espectador atento no ha tenido menos que admirar, la moderacion y clemencia hácia los opositores de su engrandecimiento, que el valor y firmeza que los hicieron arbitros de su suerte. La vista de las dificultades, y obstáculos que les ha mostrado la aurora de su regeneracion politica en el camino á su felicidad, en vez de aterrarlos, mas bien parece haberles avivado el deseo de avanzar hácia ellos, y dado nuevas fuerzas á su resolucion de superarlos, ó perecer en su empeño.

Así es que los sucesos y gestiones á que han dado lugar la hostil conducta, y temerarias amenazas de Elío, han encendido de nuevo en los jóvenes de esta capital el ardiente fuego del patriotismo de que están llenos, y que el feliz éxito de las operaciones en el Perú, y el general favorable aspecto de la grande causa que sostienen, habian en algun tanto aplacado. Aun se puede decir, que este sagrado fuego ha llegado en la actualidad á mayor grado que en ninguna ocasion anterior, tales son las demostraciones públicas de ello, que en cada reunion de los hijos del pàis estamos viendo.

Este entusiasmo general, tan ventajoso á la patria, quando dirigido, como lo está en la ocasion presente por el espíritu de verdadero patriotismo, pudiera serle muy perjudicial, si por desgracia la ambicion particular intentase algun dia servirse de él para sus miras individuales, y logrando infundir en los ánimos de los mas una tácita persuasion, que su interés propio era tambien el de ellos, tratase de hacerse llevar por la corriente popular á la deseada altura de su particular engrandecimiento.

Este peligro aunque tal vez remoto, no por eso es menos de precaver ahora. Porque si consideramos por una parte la poca experiencia, que estos pueblos en particular han tenido de casos de esta naturaleza, y por otra, la facilidad con que los pueblos en general, se dexan conducir por los que los guian, y procuran hacerseles necesarios quando en estado de conmocion, mucho mas allá de lo que ellos pensaban, y sus verdaderos intereses los permitian ir, bien echaremos de ver, que un mal tan funesto, y transcendental, no puede señalarse demasiado pronto, ni ser intempestiva una advertencia sobre él, por mas que se diese muy de antemano. Es con este objeto, pues, que me valgo hoy de la imprenta, que nuestro paterno gobierno nos ha franqueado, para participaros mis ideas sobre la esclarecida virtud del patriotismo, y apuntaros algunas señas por donde podreis distinguir el ver-

dadero, del que solo parece serlo, en la esperanza de que así tendreis un motivo mas para no equivocaros con respecto á los legítimos carácteres de esta nobilísima qualidad, y para no dexaros engañar por aquellos que quisiesen con su pretension á ella, encubrir los planes de ambicion particular, que á cara descubierta no les fuera prudente proseguir.

Las bases fundamentales del verdadero patriotismo son, una determinacion fixa de la voluntad para mirar los interéses de la comunidad de que uno es miembro, como superiores á los propios, y de lugar en todo caso preferente al de ellos; y una perfecta conformidad en sacrificar el bien particular, y toda consideracion personal al bien comun en toda ocasion en que este lo exîja. Para que esta virtud se lleve á su perfeccion deben agregarse á las qualidades expresadas, un zelo incansable en buscar los medios de hacerse util á la comunidad, y un valor, y constancia en el uso de ellos, que por ningun peligro se acobarden.

Este patriotismo, la perfeccion de las virtudes sociales, fué el que animó á todos esos hombres grandes, que de quando en quando, la providencia ha levantado para la conservacion, ó adelantamiento de las respectivas comunidades, de que fueron de una vez el sosten y el adorno. Tal era el célebre Aristides, cuya moderacion, é incorruptible equidad, le adquirieron el honorifico sobrenombre de justo. Este inclicto ateniense no tenia mas pasion, se puede decir, que el amor de su patria, ni mas objeto, que el de servirla, porque todas sus demas pasiones cedieron todos los demas objetos que pedian su atencion, se dexaron á un lado quando élla le llamaba, ó él concebia, que podia serle útil. En vano intentó su rival Temistocles doblarle á su partido, ó hacerle desistir del empeño en que se habia constituido, de frustrar sus proyectos de particular engrandecimiento. Mas pudo el patriotismo del uno, que la ambicion del otro, hasta que Atenas no me-

nos célebre por sus héroes, que por la ingratitud con que los trataba, concedió á las intrigas de Temistocles, lo que la inflexîble virtud de su antagonista hizo necesario á la consumacion de sus proyectos, decretándole por el Ostracismo diez años de destierro. Triunfó Temistocles, pero no sobre la virtud de Aristides. Éste jamas dexó de mirar á Atenas como su patria, y élla convencida de su mérito, apénas se vió en apuros con la invasion de los persas, le llamó de su destierro, y confióle el mando de parte de las fuerzas destinadas para su defensa. Poco tardó Aristides en dar á conocer, que los agravios que sus conciudadanos le habian hecho, nada habian alterado su amor hácia éllos, ni debilitado en modo alguno su deseo de servirlos. Estaba él apostado en Egina quando los persas bloquearon en Salamina las fuerzas navales de la Grecia, mandadas en parte por Temistocles, y creyendo ver en la situacion de éllas algunas circunstancias de peligro que éste podia ignorar, olvidó en un momento los trabajos que su rivalidad le habia hecho padecer, y saliendo de donde estaba, transitó en un pequeño baxel con inminente peligro suyo toda la esquadra enemiga, llegó donde estaba Temistocles, dióle las mas importantes noticias acerca de la situacion de élla, tomó plaza baxo sus órdenes, y tubo la gloria de vencer de una vez los enemigos de su patria, y la envidia y resentimiento de su rival, y hacer confesar á esa misma patria, su injusticia é ingratitud. De aquí en seguida sus conciudadanos le dieron el comando del exército, que al pie de los muros de Platea, acabó de destruir el enorme poder de Xerxes, y asegurar la libertad de la Grecia. Confiaronle despues los mas importantes empleos de la república, que para él fueron otras tantas ocasiones para demostrar, con que desapego, y honradez llenaba los lucrativos puestos que se le encargaban. Y así fué que quando murió, aunque habia tenido á su disposicion, mas que una vez, el rico botin que el luxo y obstentacion de los persas habian preparado para su exército vencedor;

aunque habia manejado por tanto tiempo los interéses del estado, ni dexó con que sufragar los gastos de sus funerales, ni mas herencia para sus hijos, que la gloria de haber tenido por padre el mas virtuoso de los atenienses.

Otros muchos exemplares del mas puro patriotismo nos puede dar la Grecia, pero ninguno que sea mas digno de nuestra admiracion, que el que nos presenta Atenas en el ilustrisimo Tocion. La vida de este grande varon es uno de los mas bellos objetos morales que la mente del hombre puede contemplar, porque aunque haya habido quienes en talento para gobernar, y en valor y pericia militar, le igualen, dificilmente encontraremos uno que puede competir con él en el desinteresado amor de su patria. De esto su vida entera es la mas relevante prueba. Aunque puesto por los atenienses, mas de quarenta veces á la cabeza de su ciudad, y hasta los ultimos años de su avanzada edad con el mando de los exércitos, jamas fue por pretension, ó solicitud suya. Tomó sobre si el cargo de magistrado, no porque él desease mandar, sino porque su patria se lo pedia, y él se conocia con la determinacion de servirla con fidelidad. Le dexó poner á la frente de los exércitos, no porque le moviese á ello el deseo de la gloria militar, como bien dió á conocer por su sentir invariable, que jamas debia emprenderse una guerra no siendo de absoluta necesidad, sino porque empeñada una vez su patria en élla, reconoció ser su obligacion prestarse á su auxîlio, del modo en que sus conciudadanos juzgasen por mas conveniente ocuparle, y estaba bien satisfecho que podia desempeñar el alto cargo militar con que el voto general le brindaba. Felipe de Macedonia el enemigo de su pais, y de la libertad general de la Grecia, conoció muy bien el poderoso antagonista, que tenia en la integridad y firme valor de Tocion, intentó comprar con largas dadivas su neutralidad. Su hijo Alexandro, ahora con las mismas miras que su padre, ahora movido de admiracion de las preeminentes virtudes de este exemplar ateniense, le ofreció ricos regalos sacados de los des-

pojos de los vencidos persas, y lo mismo hizo despues Antipater, uno de sus sucesores. Pero ni el interes, ni la lisonja pudo desviar á Tocion un solo paso del camino que le apuntaba el amor de su patria, y de la virtud; reusó todas las ofertas que se le hicieron, y sostubo hasta sus ultimos dias, tanto en la asamblea, como en el campo, la libertad de su patria, contra todos sus enemigos, contento con tener por premio de sus virtudes y heroycas acciones, la gloria de ser el mas pobre de los atenienses, y de haber merecido el título de bueno. ¡Quán preeminentes eran esas virtudes, y de carácter quán heroyco esas acciones! Su muerte misma no lo prueba menos, que la larga serie de ellas en su vida. Sus ingratos conciudadanos, cansados se puede decir, de su inflexible rectitud, dieron oido á una acusacion de traicion que le levantaron sus enemigos, y pagaron sus innumerables servicios con sentenciarle á tomar una copa de veneno. La tomó, rogando por la prosperidad de Atenas, y encargando á sus amigos que le rodeaban, que dixesen á su hijo Toco, que jamas debia acordarse de los agravios que le habian inferido los atenienses á su padre, coronando de este modo todas sus heroycidades con el mas sublime exemplo del mas puro y mas elevado patriotismo.

Si volvemos los ojos á la historia romana, hemos de ver tambien en ella muchos y muy distinguidos exemplos de esta esclarecida virtud.

Hemos de ver entre otros, un Cincinato, que elevado por el voto de sus conciudadanos al supremo oficio de dictador, estando él quando le hicieron notificar su determinacion, en el acto de arar sus campos, apenas consiguió el objeto de su cargo en la derrota de los enemigos de su patria, quando hizo demision de él, y se volvió á sus ocupaciones campestres, sin pretender otra recompensa á sus servicios, que la libertad de vivir en el mismo virtuoso retiro, de que le habia hecho salir la voz de sus compatriotas. Hemos de ver tambien un Curion, no menos pobre que ilustre por sus meritos, como magistrado y guerrero, despreciar las

dadivas que le ofrecieron los embajadores de un estado vecino, y preferir la pobreza que le dexaba en plena libertad para el servicio de su patria, á las riquezas que podian comprometerle á atender á intereses diferentes de los de élla. Tambien nos presenta la misma historia un Regulo, que hecho prisionero por los cartagineses, y mandado por ellos á Roma, para proponer allí condiciones, y tratar de un cange de prisioneros, baxo juramento de que sino surtia efecto su comision habia de volver á Cartago, tubo la firmeza de disuadir el senado de admitir los terminos que se le propusieron, aunque cierto de que iba á ser victima del furor de sus enemigos, y tubo por menos mal el padecer, como efectivamente padeció despues los mas crueles tormentos, que dar un voto que hiciese menguar, ó la dignidad, ó el interés de su patria.

Estos son exemplos de verdadero patriotismo, de esa pasion pura y elevada que hace los hombres heroes, y los constituye xefes de sus conciudadanos, y bienhechores de su especie.

Bien saben los ambiciosos, que tan universal es la admiracion de las gentes en orden á esta virtud, y tan grande su confianza en aquellos que creen tenerla, que generalmente tratan de encubrirse con una máscara que se le asemeje, á lo menos hasta que ven sus proyectos tan adelantados, que á cara descubierta los puedan continuar. Asi Pisistrato que, despues de una larga serie de intrigas, usurpó el poder soberano en Atenas, empezó á ganar el pueblo por su liberalidad, y sus protestas de adhesion á su causa, las que proferidas con la mas persuasiva elocuencia, y apoyadas por sus dadivas y acreditado valor, hicieron creer al pueblo, á pesar de las continuas amonestaciones de Solon que habia penetrado sus designios, que él era su verdadero amigo y defensor. Viendo ya su plan madurado, se dió un dia varias heridas, y mostrandose asi todo el cuerpo lastimado al admirado pueblo, se quejó á él gravemente de que los enemigos de la felicidad pública, viendo que él era

el defensor general de los pobres, y el mas empeñado guardian de la libertad pública, y teniéndole desde luego por el principal obstáculo á sus miras ambiciosas, habian intentado quitarle la vida, y asi suplicaba al pueblo le decretasen una guardia para su seguridad. El pueblo condolido de su pretendida afliccion, y engañado de sus halagüeñas profesiones, consintió á su súplica, pero no bien lo habia hecho, quando el falso patriota se quitó la máscara, y apoderándose de la ciudadela, se hizo dueño absoluto de Atenas. Cesar, el célebre destructor de la libertad romana, siempre pretendió que su objeto era afianzarla mas, quitando la administracion pública de unas manos corrompidas que la hacian peligrar. Y aun el horrible Catilina que antes habia intentado contra esa misma libertad, y de cuya conspiracion se creyó que el mismo César habia sido sabedor, consideró útil á su causa, dar por objeto principal de su iniquo complot una reforma general del gobierno.

Sería nunca acabar citar aquí los exemplos que nos presenta la historia de los sucesos humanos, de hombres que sin mas objeto que la gratificacion de sus pasiones y miras particulares, han hecho valer para ella la fuerza y opinion pública, alucinando los pueblos contra cuya libertad conspiraban, con profesiones de invariable devocion á sus interéses, y la brillantez de una serie de acciones militares executadas, acaso mas antes por amor de la gloria que de la patria. Considerando pues, los exemplos presentados suficientes para daros una idea cabal del verdadero patriotismo, y para haceros ver que no es nada dificil que llegaseis á creer con grave perjuicio vuestro, que están animados por él, hombres que jamas le conocieron, pasaré con el fin de hacer lo que en mi cabe para precaver mal tan grande, á decir algo sobre las señas que nos podrán dar á distinguir el verdadero patriota, del que sin serlo, lo pretenda.

El verdadero patriotismo, es la primera de las virtudes públicas, ó por decirlo mejor, es la reunion de todas ellas,

que solo pueden exîstir, adonde exîsten las virtudes privadas. Estas se encierran en el cumplimiento de las obligaciones que tenemos, unos hácia otros como individuos, y son necesariamente menores en grado, y de mas facil desempeño, que las que todo hombre público debe á la comunidad, y de consiguiente, sería nada razonable esperar, que aquel que ha faltado á las primeras, cumpla como es debido con las últimas.

La buena fé y pureza de conducta, en el manejo de interéses agenos, sean estos de particulares, ó del público, son las bases fundamentales de la felicidad y seguridad social, y su observancia es igualmente necesaria en ámbos casos al bien comun, con sola la diferencia, que mas transcendental, y de consiguiente, mas grave perjuicio se hace con faltar á ellas en un caso, que en otro. Mal echariamos nuestros cálculos sin embargo, si creyesemos que esta sería razon, para que aquel que no las ha respetado en los negocios de la vida privada, los hubiese de respetar en los de la comunidad en general. Los primeros, ademas de los motivos de obligacion comunes á ambos, traen consigo los de afecto y agradecimiento personal, y así debemos creer que aquel, que á pesar de estos ha podido sacrificar el bien ageno á su interés particular en el primer caso, lo hará, y aun con mas facilidad en el segundo, porque con menor motivo de repugnancia le presentará mayor esperanza de utilidad.

Bien dicen, que aquel que pone á riesgo en el juego los interéses de su familia, habrá perdido todos los afectos mas nobles del corazon, y en su lugar, habrá permitido entrar una bárbara indiferencia respecto de la suerte de aquellos, que por la constitucion natural del hombre deben serle mas apreciables. Mal podria esperarse, pues, que un hombre adicto á este vicio fuese mas interesado en la conservacion de los bienes del estado, de lo que habia sido con respecto á los de su familia; antes mas bien debia creerse, que si los tubiera en sus manos, jugaria de la misma suer-

te con ellos, porque hollados ya en el abandono de los deberes que estaban enlazados con sus afectos, los motivos de obligacion que serian seguramente mas poderosos que otros algunos para hacerle dexar ese vicio fatal, ninguno encontraría despues que no fuese debil, opuesto al aliciente á seguirle, que encontraría en el manejo de los fondos públicos, por la misma proporcion de arriesgar mucho, que este manejo le daria.

Todos saben el grande beneficio que resulta á la comunidad en general de los exemplos particulares de virtud y arreglada conducta, y así será un objeto principal con todo verdadero patriota, que su conducta general sea una tacita leccion de moderacion, y decencia. Pero solo el hombre virtuoso puede dar esta leccion: solo el hombre virtuoso puede tener deseos de darla. Nunca la esperemos pues de aquellos que hemos conocido dedicados á los placeres sensuales, porque estos corrompen igualmente el entendimiento y el corazon, ni creamos que su pretension á patriotismo, si acaso la hagan, sea otra cosa que un velo para cubrir sus verdaderos designios, que siempre serán, de sacar de los bienes del estado los medios de comprar aquellos placeres con mas facilidad y disfrutarlos, mas á su anchura y libertad.

Exâminemos ahora, conciudadanos mios, lo que aquí se ha asentado y veremos que la legítima conclusion de ello es, que solo el hombre virtuoso puede ser verdadero patriota. Veremos, que puede haber valor para arrostrar los peligros en el servicio de la patria, y pericia militar para vencer sus enemigos sin virtud, y de consiguiente sin verdadero patriotismo, siendo así que solo ella nos puede hacer capaces de sacrificar al bien comun, resentimientos particulares, envidia de rivales deseos de gloria, y demas pasiones que nacen del amor propio, y de la adhesion al interes particular, y que solo aquel que es capaz de hacer esto, es verdadero patriota.

Siguiendo este raciocinio que podemos tener por prin-

cipio establecido, que la norma mas segura para formar una recta opinion de lo que sería un hombre revestido de un carácter público, son las costumbres de su vida privada.

Traigamos pues á esta prueba, todos aquellos que pretenden, directa, ó indirectamente los empleos públicos, y si les falta, hagamosnos sordos y ciegos á sus solicitudes y demostraciones, por mas que nos hablen de su patriotismo, y trabajen para ganarnos. Hagamos mas. No nos contentemos con que los que tratamos de admitir en la administracion pública, no son hombres de costumbres depravadas: exîjamos que sean de costumbres notoriamente exemplares, que sean hombres virtuosos, que sean verdaderos patriotas. Nuestra situacion actual lo pide imperiosamente: estamos sin un sistema gubernativo, y vamos á formarle: este sistema para ser benefico y verdadero, ha de ser obra de la virtud y patriotismo, y seguro es, que solo pueden executar semejante obra hombres virtuosos y patrioticos. Buenos-Ayres 8 de mayo de 1811.=*Cives*.

EN BUENOS AYRES.

En la Imprenta de Niños Expósitos.

68-33A-145

B81-
A692c
v.2
1-SIZE